

LA VIEJA LOCOMOTORA

Llena de hollín y herrumbre estaba la vieja locomotora, frenada en una antigua vía muerta, apartada de la estación.

Sola y en silencio se apareció entre dos hangares abandonados. Al mirarla por delante, lo que en vida había sido una simpática sonrisa dibujada con la tapa de la caldera, las linternas y la chimenea, hoy era una desgarrada mueca de agonía. Inclined hacia un lado, con los pernos desatornillados, sólo quedaba un farol con los vidrios rotos entre los hierros. A un lado del parachoques, que había sido rojo, caían dos o tres eslabones de la cadena de enganche, desconchados y oxidados. La chimenea, que en sus días se erigiera esbelta sobre la caldera, hoy no era más que una nariz caduca, enrobinada y llena de excrementos de las aves que anidaban en su cielo.

A través de la hierba verde y viva crecida sobre la vía gris y muerta, se adivinaban las ruedas con las que antaño corría de un lado a otro, haciéndose grande y pequeña a ojos de niños y mayores. Éstas habían sido encarnadas por dentro y estaban abrochadas por dos gruesas bielas, que otrora hacían bailar todas las ruedas al mismo compás y hoy casi se habían deshecho con las lluvias. El entramado de ruedas, vástagos y manivelas estaba cubierto por la gran caldera.

La caldera era gorda, cilíndrica, también negra y mate. Hogar que había sido de lumbre y agua, cabalgaba los trenes de ruedas y se abría al aire a través de la desvencijada chimenea. Sobre ella las válvulas, antes cromadas y brillantes para reflejar el sol, y hoy mugrientas y desconchadas, combinadas con el paisaje en cientos de tonos de amarillo y rojo.

Abrazados a la caldera y llenos de chorretones, aparecían las tuberías del vapor, como arterias por donde la pobre cafetera enviaba su energía vital a los cilindros. Con la quietud de la tarde, al escuchar cantar las chicharras, se adivinaba en su interior dos grandes pistones petrificados, que en vida condensaron miles de toneladas de vapor y vomitaron kilómetros de blanco humo entre sus válvulas, mientras arrastraban largos convoyes de mercancías o llevaban pasajeros de uno a otro lado del mundo.

Arriba, como en una atalaya dominándolo todo, estaba la cabina con los mandos, hogar del maquinista que veía el mundo pasar a ambos lados a toda velocidad. Hoy es una pérgola quieta, solitaria y silenciosa, circundada por una barandilla que no soportará ninguna sonrisa más de maquinista y que acaso escuche, de tanto en tanto, el canto de algún mirlo de paso. Desde esta caverna de hojalata, accionando palancas, atizando el fuego y haciendo silbar el vapor, cientos de maquinistas se hicieron grandes y pequeños miles de veces y fueron centro de atención de viajeros y campesinos mientras arrastraban los trenes por el mundo.

La vieja locomotora, antes esbelta y dinámica, hoy pesa inclinada, inmóvil y moribunda sobre dos gruesos raíles que se ocultan por la vegetación, cada día más viva y recia. Como si la lluvia de todos los otoños le fuera quitando la vida trasladándola a la hierba del suelo. Una gota de agua sobre el viejo herrumbre saca de éste la sonrisa de un niño al verla pasar silbando y la traslada a la tierra para abonar el verde, otra gota arranca el barullo de una estación de cercanías al paso del convoy en un mediodía de mercado; otra quizás el destello de un sol poniente al arrastrar un gran convoy de pasajeros en viaje de largo recorrido. Todo el pasado extraído y concentrado en el subsuelo día a día, fabricando el futuro.

Cuando mañana, si el mundo sigue, ya no quede locomotora; cuando toda se haya deshecho con la lluvia y el viento, en su lugar habrá un precioso jardín. Al contemplarlo y penetrarlo, nos inundarán perfumes y formas de árboles y plantas derivadas del herrumbre y del hollín mezclado con risas y llantos de viajes de placer y negocios. Esto inspirará a los venideros nuevas ideas y diseños, el mundo seguirá propulsado por nuevas locomotoras que seguirán embelesando a los niños al verlas pasar, seguirán siendo el centro de atención de las estaciones y seguirán transportándonos a todos los lugares del mundo.

Alicante 20 de agosto de 2005